



## Capítulo 363 - Burlarse del dragón.

"Espera un minuto", dijo Vergil, mirando a Sapphire con las cejas levantadas. '¿De verdad vas a dejarme aquí con... esto? ¿Como si fuera un martes cualquiera?'

Junto a él, Ada ya se alejaba con las manos en los bolsillos, expresión tranquila de alguien que simplemente salía a estirar las piernas.

"Voy a comer algo", dijo, en el tono tranquilo de alguien que comentaba el pronóstico del tiempo. 'Me muero de hambre.'

Ella giró su rostro sobre su hombro y le mostró una sonrisa perezosa a Vergil.

"¿Quieres que te traiga algo?"

Vergil señaló dramáticamente a la criatura frente a él —el Orbe de la Emperatriz Dragón Platino, envuelto en crepitantes mágicos y un aura tan opresiva que hacía vibrar la realidad que lo rodeaba.

"Sí. Devuelve mi dignidad. Si todavía lo tienes en stock."

Ada soltó una risa ligera y continuó caminando.

"¿Con o sin pimienta?"

"Que te jodan", murmuró, frotándose la frente con una mano, como si eso pudiera aliviar la presión mágica frente a él.





Sus ojos se volvieron hacia Zafiro, quien permaneció donde estaba, con los brazos cruzados y la expresión impassible.

"¿Y tú qué?" preguntó, señalando el caos arcano que tenían ante sí. '¿Tú también vas a huir o quieres dejarme solo por deporte?'

Zafiro dio un ligero suspiro, como si llevara el peso de decenas de obligaciones no registradas.

"Tengo que comprobar si Viola terminó lo que le pedí", respondió. 'Aparentemente, Astaroth mató a uno de los líderes del clan.'

Vergil parpadeó lentamente, como si su cerebro estuviera procesando la frase con retraso.

"Genial. Otro día absolutamente normal."

Zafiro ni siquiera cambió su tono mientras continuaba:

"Probablemente alguien de la antigua facción demoníaca. "Esos fanáticos del 'fin de los tiempos', el apocalipsis, la destrucción universal... todo el paquete" Ella lo miró fijamente por un segundo. 'Nada que no hayamos visto antes.'

Vergil miró brevemente el Orbe, que ahora emitía un latido profundo y lento —como un corazón despertando.

"Sí. "Normalidad total", murmuró. 'Tan reconfortante como un abrazo de granada.'





Zafiro miró a Virgilio una última vez —no había sarcasmo en su mirada, ningún afecto evidente. Sólo ese viejo entendimiento silencioso que existía entre dos guerreros que habían visto caer mundos.

"Si algo cambia con el Orbe, háganmelo saber inmediatamente", dijo, ya dándose la vuelta. 'Y no intentes absorber nada. Ni siquiera tú eres tan estúpido.'

Vergil resopló, pero no respondió. Ella ya había desaparecido en las sombras de la calle antes de que él pudiera pensar en una respuesta adecuada.

El silencio regresó, espeso.

Sólo quedó él... y el Orbe.

Virgilio miró esa cosa como si observara una bomba viviente—el objeto pulsaba como un corazón antiguo, emitiendo un sonido profundo, rítmico y orgánico, como si respirara por sí solo. Líneas dracónicas en dorado y escarlata recorrían su superficie como venas iluminadas, bailando en patrones que parecían vivos.



"Entonces... tú eres el problema, ¿eh?" murmuró, acercándose unos pasos al pedestal improvisado donde descansaba el Orbe. "O la solución. "Con ustedes, los artefactos cósmicos, nunca queda claro"

Lentamente, como si probara la temperatura de un mar a punto de tragárselo todo, Virgilio se agachó. El suelo vibraba ligeramente alrededor del objeto — como si el espacio mismo se sintiera incómodo con su presencia.

Extendió la mano.



Hubo un momento de vacilación, un susurro interno que le decía que no lo tocara, que no perturbara el equilibrio. Pero, como siempre, Virgilio lo ignoró.

Sus dedos se envolvieron firmemente alrededor del Orbe.

Nada explotó.

Pero todo cambió.

Una sutil ola de calor recorrió su brazo, como fuego líquido. El mundo parecía hundirse en un segundo de silencio absoluto —sin viento, sin sonido, sin tiempo.

Él sintió algo.

No una presencia, sino una... conciencia. Antiguo. Orgullosa. Dormido—pero inquieto. Fue como sostener el nervio mismo de un titán a punto de despertar. Algo lo observaba desde dentro. No con ojos, sino con memoria.

Vergil respiró profundamente, tratando de mantener el control.

"Estás ahí, ¿verdad?" susurró, con los ojos fijos en la superficie viva del Orbe. "Emperatriz Platina... sea lo que sea, no me arrastre a una pesadilla ahora. Ya he tenido suficiente."

Y luego se sentó junto al Orbe, apoyando los codos sobre las rodillas, con el objeto todavía en sus manos. El cielo se estaba oscureciendo lentamente arriba— o tal vez era solo el efecto de la energía que se acumulaba a su alrededor.





Permaneció en silencio hasta que empezó a hablar.

"Creo que debes estar cansado de estar atrapado allí, ¿verdad?" Dijo Virgilio, girando lentamente el Orbe en sus manos. La superficie parecía viva—caliente, casi pulsante. "Quiero decir... con tanto poder, tanto orgullo, tanta historia y, sin embargo, atrapado en un maldito capullo de cristal mágico"

El silencio respondió, como siempre.

Vergil apoyó la espalda contra un pilar roto y dejó escapar un largo suspiro, dejando que el peso del momento descansara sobre sus hombros.

"No sé si oyes o si simplemente sientes. Quizás estés soñando. O fingir que no estás despierto para evitar lidiar con todo esto." Dio una risa seca y sin humor. "Si es esto último... Confieso que respeto eso."

Sus dedos tamborileaban ligeramente sobre la superficie del Orbe.

"Hay algo en ti que me molesta. No sólo por tu poder. Pero por tu... presencia. Es como si el aire que te rodea tuviera conciencia. Como si la realidad estirara los dedos, tratando de decidir si huir o arrodillarse." Él hizo una pausa. "Y aquí estoy, sentado como un idiota, sosteniendo esto como si fuera una reliquia preciada"

Virgilio le pasó una mano por el pelo, con expresión tensa.

"Me pregunto cómo será por dentro. Si sueñas. Si recuerdas. Si extrañas tu verdadera forma." Sus ojos se entrecerraron y habló más suavemente, casi en un susurro. "Si tienes miedo de despertar."



Nada.

Sólo el pulso constante, el ritmo antiguo que late en el fondo de la realidad.

Vergil se frotó la cara con ambas manos. El cansancio, físico y existencial, era casi un personaje en sí mismo en estos momentos. Pero no pudo parar.

"Hay algo más, Emperatriz", dijo, mirando el Orbe. -Tal vez lo sientas...tal vez no. Pero tu rival ha despertado. El escarlata. O al menos, parte de ella."

Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y los ojos fijos en la danza de las luces doradas y rojas.

"Ella ha elegido a alguien. Ha hecho un pacto con la hija de la Reina Demonio, Cabernet. La niña ahora lleva su Orbe, con un vínculo que no parece improvisado" Vergil frunció el ceño y su voz se oscureció. "Ella está justo frente a ti, ¿sabes?"



La brisa atravesó el aire, como si el mundo hubiera respirado lateralmente.

"Dos orbes. "Dos emperatrices." Virgilio pasó lentamente su mano por su rostro, con los ojos medio cerrados. "Ese es el juego, ¿no? Un pacto antiguo, una disputa silenciosa... y un destino sellado."

Giró lentamente el Orbe entre sus manos, sintiendo la vívida vibración de la magia contenida en su interior.

"Uno despertará antes que el otro. Y cuando eso sucede..." habló con amargura contenida, "el segundo muere. No por elección. Por necesidad. Para el



equilibrio. Porque el mundo no puede manejar dos fuerzas como tú al mismo tiempo."

Virgilio se inclinó más cerca y sus ojos se fijaron en las líneas que se retorcían como serpientes de luz debajo de la superficie del Orbe.

-Y Scarlet ya ha dado el primer paso ¿no? Ella hizo un pacto. Ella encontró un anfitrión. "La hija de la Reina Demonio." Dejó que la frase flotara en el aire como veneno. "Mientras tú... tú simplemente escuchas."

Él sabía que ella estaba allí.

Quizás no despierto, pero presente. Atento.

Observando.

El silencio que los rodeaba no era vacío—era demasiado pesado, demasiado denso para ser mera ausencia. Era el tipo de silencio que escucha.

Virgilio sonrió fríamente.

"Estás ahí. Lo sé. Lo sientes todo. Escuchas cada palabra. Cada provocación. Y aún así permaneces en silencio." Inclino la cabeza, provocativamente. - ¿De verdad crees que eso es prudencia? Parece miedo.'

Nada. Yet.

Pero el aire a su alrededor parecía más pesado.





Como si la atmósfera se estuviera doblando.

"Una vez tuviste un imperio, ¿no? Una vez fuiste temido. Adorado. Reverenciado. Y ahora mírate — un corazón latiendo dentro de una prisión de cristal, esperando que el mundo decida si todavía vale la pena recordarte."

Dio una risa leve y cruel.

"¿Vas a dejar que ella —la Escarlata— te supere? ¿Dejarla tomar el trono otra vez, mientras tú sigues fingiendo que dormir es seguro?"

La mano de Virgilio agarró el Orbe con más fuerza. Sus ojos ardían de desafío.

-Respóndeme, Emperatriz. Muéstrame que todavía tienes dientes. ¿O aceptarás ser olvidado?"



Y luego se quedó en silencio.

Esperando.

Respiración contenida.

La provocación cumplió.

El juego de tablas.